

La caída de la Rochela causó asombro en los protestantes, muchos de los cuales decían que puesto que habían tomado las armas para salvar la ciudad, no les quedaba más remedio que deponerlas. Los burgueses y los mercaderes estaban cansados. El rey, antes de partir para Italia, había de nuevo exhortado á sus súbditos, por medio de letras patentes (15 de diciembre de 1628), á que volvieran á la obediencia, ordenando á los protestantes alzados en armas que en el término de quince días hiciesen registrar su sumisión ante los Tribunales de parlamentos ó ante las residencias presidiales, y á los habitantes de las ciudades que le enviaran diputados para recibir su «gracia y voluntad.» De esta manera se fomentaban las capitulaciones particulares y la desorganización del partido.

Rohán contaba con las complicaciones italianas y solicitaba en todas partes alianzas y socorros. La asamblea general de Nimes se dirigía al rey de Inglaterra, á quien Rohán recordaba al propio tiempo que aquellos pueblos que entonces suspiraban por su ayuda, habían, en 1625, depuesto las armas, «porque supieron que tal era vuestro deseo» y las habían vuelto á tomar «al enterarse de que Vuestra Majestad les obligaba á ello con sus consejos y sus promesas.» «Con esta sola seguridad han despreciado todos los peligros, vencido todos los obstáculos y prodigado todos sus bienes y están aún dispuestos á derramar hasta la última gota de su sangre... (12 de marzo).» Pero los ingleses, á quienes estas cuestiones de honor y de sentimiento conmovían menos que los asuntos del Palatinado, á fin de tener libertad de acción en Alemania, firmaron con Richelieu en Susa, en 24 de abril, un tratado en el que no se hacía mención alguna de aquellos reformados á quienes Inglaterra había hecho rebelarse.

Richelieu, por su parte, renunciaba al patronato de los católicos ingleses, quedando tácitamente admitido el principio de que cada soberano trataría á sus súbditos como quisiera. Enriqueta, cuyas relaciones con Carlos I eran entonces sumamente cariñosas, había escrito á Luis XIII diciéndole que estaba muy contenta de su servidumbre actual y que, por consiguiente, le dispensaba de insistir en el tratado sobre las cláusulas del contrato matrimonial.

Rohán, desesperado, puso sus miras en España y envió á Madrid á su agente Clausef, ofreciendo á Su Majestad católica, mediante un subsidio anual de seiscientos mil ducados de oro, la mitad del cual le sería satisfecho por anticipado, «sostener ordinariamente doce mil hombres de á pie y mil doscientos de á caballo» y «favorecer con todas sus fuerzas los planes de Su Majestad en cualquier tiempo.» Además se obligaba á respetar á los eclesiásticos, á mantenerles en posesión de sus bienes y beneficios y, en el caso de que él y los de su partido llegasen algún día á ser bastantes fuertes «para acantonarse y formar un Estado aparte,» á permitir á los católicos el libre ejercicio del culto, á dejarles sus bienes, honores y dignidades y á concederles el derecho de desempeñar todos los cargos municipales y otros.

Era la primera vez que los hugonotes y los españoles pactaban una alianza formal. Rohán se disculpa con una sola palabra, la necesidad; y Felipe IV con largos razonamientos sobre «las grandes pérdidas y perjuicios

que sus Estados han recibido y diariamente reciben, á causa del favor y de la ayuda que los reyes de Francia han prestado, de muchos años á esta parte, y siguen prestando á los súbditos de Su Majestad en Holanda.» Felipe IV, con aprobación de su Consejo de conciencia, aceptaba los ofrecimientos del duque de Rohán y prometía pagarle anualmente trescientos mil ducados de once reales de Castilla cada uno (3 de mayo de 1629) (1).

El socorro habría llegado demasiado tarde. Luis XIII había sitiado, tomado y quemado Privás, la ciudadela del protestantismo en el Vivarais (14-27 de mayo) y prohibido á sus antiguos habitantes volver nunca más á ella; y el 9 de junio estaba delante de Alais, que capituló. La situación de los protestantes era desesperada. El mariscal de Estrées asolaba la campiña de Nimes hasta un tiro de cañón de la ciudad; el duque de Eperón devastaba los alrededores de Montaubán; el duque de Ventadour, los de Castres; y Noailles, gobernador de Rouergue, los de Millau. En tales condiciones, Rohán sólo pensó en impedir las paces particulares y en negociar en nombre de todo el partido. A la primera petición que formuló en este sentido, Richelieu contestó que el rey quería tratar con cada una de las ciudades y que Rohán estaba interesado en dar el ejemplo de sumisión. Rohán quiso amedrentarle con la desesperación de los hugonotes. En Italia, «la levadura» de Mantua «comenzaba á formar nueva pasta,» y en Francia, Gastón de Orleáns se agitaba de nuevo. El cardenal autorizó la reunión de una asamblea general en Anduze; pero fué para imponer sus condiciones, y se negó á tratar de potencia á potencia, pues el rey quería dar la paz á sus súbditos por abolición y por gracia, no en forma de tratado como en otros tiempos: «En otros tiempos se les dejaban ciudades de seguridad; en la ocasión presente, el rey les condenó á arrasar, sin excepción alguna, todas las fortificaciones de las que se habían declarado en rebeldía... En otros tiempos, los jefes de las rebeliones recibían destinos y recompensas; en la ocasión presente, el duque de Rohán no sólo abandonó el Langüedoc, sino que, además, salió del reino...» y únicamente le devolvieron su patrimonio y le dieron cien mil escudos de oro, «lo que no era ni la mitad de las ruinas de los edificios de sus casas y del arrasamiento de sus bosques (2).» La rebelión quedaba perdonada y el Edicto de Nantes restablecido.

Esta paz de Allais (28 de junio de 1629) más bien debía denominarse la paz de gracia. Como Nimes opusiera dificultades á su aceptación, Luis XIII fué allí, siendo recibido por el pueblo á los gritos de «¡Viva el rey y viva el cardenal!» Montaubán hablaba de oponer resistencia; Richelieu dejó que Luis XIII partiera para París y fué en persona á calmar aquella agitación, y habiendo los diputados de la ciudad salido á recibirle y pedídoles que les permitiese conservar sus murallas, supo convencerlos de que no debían buscar más seguridad que en la benevolencia del rey. Los diputados te-

(1) El portador del tratado, un zelandés llamado Bernardo Pelz, fué detenido en Lunel, juzgado por el parlamento de Tolosa y ejecutado (12 de junio de 1629).

(2) *Mémoires de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VIII, página 24.

mían que el parlamento de Tolosa quisiera modificar el Edicto de abolición en desventaja de ellos; pero Richelieu «escribió con tan buena tinta» al primer presidente, que la comprobación no tardó veinticuatro horas. Como el rey en Nimes, quiso Richelieu mostrarse en Montaubán como el más fuerte; así escribía á Luis XIII: «Parecía que la rebelión continua de esta plaza, que es compañera de La Rochela y cabeza de la rebelión de la parte de acá, requería que se la viera sometida á su poder (del rey), tanto por la gloria de Vuestra Majestad como para el sosiego de estas provincias.» El cardenal mandó ocupar la ciudad por seis compañías de los guardias, diez de Picardía y seis del Piamonte, y entró en ella con una escolta de seiscientos hidalgos.

Richelieu apresuró el desmantelamiento de las plazas, así es que cuando salió del Langüedoc el 24 de agosto, de treinta y ocho, veinte estaban completamente arrasadas y «las restantes, en situación de estarlo el 20 de septiembre;» pero por otra parte cumplió al pie de la letra el Edicto de abolición, negándose á poner soldados en los baluartes de Castres y de Nimes, cuya demolición se había emprendido á causa de la peste, y prefiriendo dejar provisionalmente las murallas en pie á hacer al rey odioso al pueblo por la sospecha de que subsistiera alguna ciudadela.

En Montaubán y en otras ciudades el cardenal acogió con gran afabilidad á los ministros, si bien haciéndoles observar que no tenían derecho á presentarse en corporación y diciéndoles que «prescindía de buen grado de esta austeridad para demostrarles el exceso de su afecto.» Además les prometió dar cuenta al rey de su arrepentimiento y de la pasión que mostraban para servirle.»

«Ahora que habían vuelto á la regla común de todos los súbditos cuya seguridad no dependía ni podía depender más que de la benevolencia y de la fe del príncipe, Su Majestad tendría especial cuidado en hacerles ver, con ventaja para ellos, que en calidad de súbditos no establecía distinción entre ellos y los católicos; y que en cuanto á él particularmente, se consideraría muy dichoso en servirles en todas ocasiones y en demostrarles con hechos que si deseaba ardientemente su salvación, como á ello le obligaban la caridad y su interés, también deseaba su conservación temporal.»

Richelieu consideraba la unidad de fe como el término ideal de la acción religiosa y política; restablecía el culto católico en todos los lugares en donde los protestantes lo habían abolido; restituía los hospitales á los religiosos; hacía restaurar á sus expensas en Montpellier la iglesia de San Pedro y fundaba en aquella ciudad un colegio de Jesuitas; instalaba en todas las ciudades hugonotes, conventos de hombres y de mujeres; creaba en todas partes misiones, y aprobaba que el rey solicitara las conversiones mediante donativos, pensiones y favores, y reservara á los católicos los más altos cargos del Estado; pero era enemigo del empleo de la fuerza, estando, como estaba, convencido de que las enfermedades del espíritu se agrían con la violencia. En cambio, los devotos eran partidarios de los remedios violentos; así Marillac, guardasellos, quería hacer á los reformados una guerra de procurador y proponía, por ejemplo, que se despojara á los detentadores de bienes eclesiásticos en los cuatro baillíos del Delfinado y que

se prohibiera á los ministros ir á predicar «en otras aldeas y en otros lugares que en aquellos en los cuales el edicto les permitía hacerlo.» El cardenal contestaba á esto que todas estas cosas parecían muy buenas, pero que no sabía si eran oportunas en el Langüedoc y en el Delfinado: «Temo, escribía, que estas nuevas ordenanzas, cuya intención es perfectamente laudable, no robustezcan la paz «que ahora existe y conmueve los espíritus.» Los fanáticos, como Marillac y Berulle, reprochaban al cardenal ministro esta prudencia y esta moderación.

#### CAPITULO IV

##### LA MADRE Y EL HERMANO DEL REY (1)

I. María de Médicis y Richelieu. — II. Nueva campaña de Italia. — III. Conflicto entre la reina madre y el ministro. — IV. Las fugas del presunto heredero al extranjero.

##### I.—María de Médicis y Richelieu

Durante el sitio de La Rochela, habíase operado un gran cambio en el espíritu de la reina madre. Sus favoritas, la princesa de Conti y la duquesa de Elboeuf, habían abrazado el partido del duque de Guisa, su hermano y primo respectivamente á quien Richelieu, nombrado gran maestre y superintendente, de la navegación, disputaba las prerrogativas de almirante de Provenza, é hicieron observar á María de Médicis que su dama del tocado, la señora de Combalet, sobrina de Richelieu, descuidaba su servicio y vivía en íntimas relaciones con la princesa de Condé. La reina madre, deseosa de tener al rey á su lado, se irritó también de que el ministro lo llamara al campamento de la Rochela, y quiso luego impedir que su hijo fuera á socorrer Casale.

(1) FUENTES: *Lettres du cardinal de Richelieu*, III, IV y VIII. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, Mich. y Pouj., 2.ª serie, VII y VIII. Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du cardinal duc de Richelieu*, I, 1660. *Mercure françois*, XV-XX. Escipión Duplex, *Histoire de Louis le Juste, XIII du nom, roy de France et de Navarre*, 1654. Fontenay-Mareuil, *Relation de la rupture du cardinal de Richelieu avec la reine-mère*, «Mémoires,» Mich. y Pouj., 2.ª serie, V. Bassompierre, *Journal de ma vie*, tomo IV, «S. H. F.» *Mémoires de Brienne*, M. y P., 3.ª serie, III. Victor Siri, *Memorie reconditte*, 1679, VII. *Mémoires de Nicolas Goulas, gentilhomme ordinaire de la chambre du duc d'Orleans*, publicadas por vez primera por Carlos Constant, «S. H. F.,» I, 1879. *Mémoires de Gaston, duc d'Orleans* (por Algay de Martignac), Mich. y Pouj., 2.ª serie, IX. Mateo de Morgues, señor de Saint-Germain, *Diverses pièces pour la défense de la royne, mère du roy tres chrestien Louis XIII*, 1643. *Pièces curieuses... en suite de celles du sieur de Saint-Germain*, 1644. *Mémoires de Omer Talon, avocat général en la cour de Parlement de Paris*, Mich. y Pouj., 3.ª serie, VI. *Mémoires de Mathieu Molé*, publicadas por Champollion-Figeac, I y II, «S. H. F.»

OBRAS DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, III y IV. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, I y II. Saint-Simon, *Parallèle des trois premiers rois Bourbons*, tomo I de los *Écrits inédits de Saint-Simon*, publicados por P. Faugere, 1880, P. Batiffol, *Au temps de Louis XIII*. Cl. Perroud, *Essai sur la vie et les oeuvres de Mathieu de Morgues, abbé de Saint-Germain*, 1582-1670 (?), «Annales de la Société d'Agriculture... du Puy,» XXVI, 1863, 1865. Henrard, *Marie de Médicis dans les Pays-Bas* (1631-1638), 1876. E. Hatin, *Theophraste Renaudot*, 1883. De Haussenville, *Histoire de la reunion de la Lorraine à la France*, 2.ª ed., 1860, I y II. P. Gachon, *Les Etats de Langüedoc et l'Edit de Béziers* (1632), 1887. D. Vaissete, *Histoire de Langüedoc*, XI y XII.

No sentía simpatía alguna por el duque de Mantua y menos aún por su hija, la hermosa María Luisa de Gonzaga, de la que se había enamorado Gastón de Orleans, viudo de la señorita de Montpensier, y para impedir este matrimonio, había proyectado, durante el sitio de la Rochela, enviar á la princesa de Mantua á Italia, cosa que Luis XIII, á instancias de su hermano, no había permitido. María guardaba rencor á Richelieu porque no había querido comprometerse por ella.

Cuando Luis XIII, á quien pocos días después siguió Gastón, hubo salido de París para marchar á Italia, la reina madre había ordenado á María Luisa que fuese á reunirse con su padre en Mantua; Gastón, que se enteró de esto por el camino, lanzó «fuego y llama» y se volvió atrás, y María, temiendo que su hijo tratase de robar á la princesa, la hizo encerrar en el bosque de Vincennes (11 de marzo de 1629). Gastón se había quedado al rey, pero éste respondió que aprobaba lo hecho por la reina, su madre, «ya que ella lo ha creído oportuno.»

Después de este escándalo, María de Médicis se había dejado enternecer por Gastón y contentándose con su promesa de que no se casaría con María Luisa, la había puesto en libertad (4 de mayo) sin siquiera exigirle que volviera á Mantua. A Richelieu le había disgustado mucho esta manera de tratar por intermitencias los negocios de Estado, y así se lo escribió á Berulle, quien, con las más santas intenciones, había trabajado para reconciliar á la madre y al hijo.

Jacobo Le Coigneux, canceller de Gastón, y Puylaurens, favorito de éste, entendían que su señor, desde el momento en que había renunciado á la princesa, tenía derecho á una compensación; lo mismo opinaba la reina madre, cuyo consejero, Berulle, escribió á Richelieu que no veía ningún inconveniente en que se le diera la Champaña y la Borgoña. Richelieu, según él mismo refiere, contestó «ingenuamente» al santo hombre exponiéndole las ideas «que la razón de Estado había de hacer profesar á todo el mundo, es decir, que aquellos gobiernos eran fronterizos de Alemania, Lorena, Saboya, Franco Condado y Suiza,» y que si se recompensaba ahora la resistencia á la voluntad bien conocida del rey y de la reina madre, los favoritos de Gastón «serían mucho más exigentes en lo porvenir.»

Las palabras de Richelieu estaban dictadas por la prudencia; pero María de Médicis no atendía más que á su capricho y no perdonaba á Richelieu, hechura suya, que no se sometiera á él. «Había (Richelieu) declinado jurisdicción y querido gobernar al rey por sí mismo, ó mejor dicho, gobernar al rey en perjuicio de su madre.» María de Médicis y Gastón se hicieron por escrito dos promesas, «ella la de perder al cardenal en el concepto del rey, y él la de no casarse con la princesa María,» y las entregaron al señor de Bellegarde, su confidente, el cual las llevaba en «una cajita de oro» colgada á su cuello «con una cadena de oro.» Gastón partió de Montargis, en donde se encontraba, para no ver á su paso al rey que regresaba del Mediodía después de la paz de Alais, y en agosto se retiró á Saint-Dizier y de allí á Lorena (septiembre de 1629).

Cuando el cardenal, de regreso del Langüedoc, llegó á Fontainebleau (14 de septiembre), la reina madre le puso tan mala cara, que él le escribió inmediatamente

comunicándole su resolución de retirarse con todos los suyos y diciéndole «que preferiría morir á permanecer en la corte en un tiempo en que su sombra debiera mortificarla.» María de Médicis acogió muy mal aquella dimisión y «se mostró más indignada que nunca contra él.» El rey, creyendo que la cosa no tenía remedio, «lloró muy amargamente casi todo un día, y á su confesor, hombre de rarísima virtud (el P. Suffren, jesuita), le dió un *cholera morbus* que lo puso á las puertas de la muerte.»

En aquella ocasión, Luis XIII consiguió apaciguar á su madre: la reconciliación se efectuó el 15 de septiembre «con universal contento de toda la corte,» según dice Bassompierre; y el 21 de noviembre de 1629, el cardenal fué nombrado «principal ministro de Estado,» quedando así consagrada de una manera oficial y pública la categoría que ocupaba en el Consejo y en el Estado.

Richelieu trabajó para que Gastón volviese, y logró que el rey le diese los gobiernos de Amboise y de Orleans, 100.000 libras sobre el patrimonio de Valois y 50.000 escudos pagados en dos plazos, regresando entonces Gastón á Francia.

## II.—Nueva campaña de Italia

Aquel arreglo era tanto más necesario cuanto que había que reanudar la expedición de Italia. El emperador Fernando II, irritado de que su vasallo Carlos de Gonzaga hubiese tomado posesión de Mantua antes de solicitar la investidura, y de que Luis XIII hubiese arreglado la sucesión con el duque de Saboya sin consultarle, había hecho entrar un ejército en el país de los grisonos y ocupar los pasajes. España había enviado á Italia su mejor general, Espinola, el cual, al ver que Richelieu mandaba tropas á Italia y solicitaba el auxilio del duque de Saboya, invadió el Montferrato (octubre), y Colalto, que mandaba á los imperiales, puso sitio á Mantua.

Richelieu partió para Italia en 29 de diciembre, dejando al rey en París para organizar la defensa de la Champaña contra un ataque posible de los imperiales. Carlos Manuel, como de costumbre, fluctuaba y negociaba con todo el mundo á fin de venderse lo más caro posible; el cardenal le entretuvo con esperanzas, y cuando hubo pasado los Alpes, le intimó á que se uniera á él contra los españoles. Carlos Manuel se negó á ello y entonces Richelieu marchó sobre Pignerol y se apoderó de ella (23 de marzo de 1630).

Aquella plaza era una nueva puerta para entrar en Italia, y á cambio de su restitución los españoles, alarmados, ofrecieron la paz y el arreglo de la cuestión de Mantua. Urbano VIII envió á su propio sobrino, Antonio Barberini, para concertar un acuerdo que echase al otro lado de los Alpes á los imperiales y á los franceses. El legado pontificio iba acompañado de un joven oficial, Julio Mazarini.

Richelieu, como de costumbre, expuso á Luis XIII en una memoria las razones en pro y en contra de la guerra y de la paz: «Si el rey se decidía por la guerra, era preciso abandonar toda idea de reposo, de ahorro y de arreglo de la situación interior del reino; si, por el contrario, quería la paz, había que renunciar á todo pen-

samiento sobre Italia para el porvenir.» Pero, en caso de guerra, era menester, para asegurar el ejército y los triunfos en Italia, «atacar inmediatamente la Saboya;» «por muy pronto que esto se hiciera, siempre sería tarde.»

El rey se había ido á Troyes, desde donde vigilaba á la vez las fronteras de Alemania y de Italia; y allí se le había reunido Gastón, reconciliándose con él (18 de abril). Luis XIII dió á su hermano el mando del ejército de la Champaña y le nombró su lugarteniente general «en la ciudad de París y en las provincias vecinas;» y contestó á Richelieu que él y su hermano eran de parecer de conservar Pignerol y de conquistar la Saboya, y que partía para Italia.

Richelieu se había guardado de recomendar la paz ó la guerra, porque sabía que el rey era belicoso y la reina madre pacífica. El guardasellos Marillac, que había sucedido en la confianza de María de Médicis á Berulle, muerto en 2 de octubre de 1629, lamentaba maliciosamente que el cardenal no hubiese dado ningún consejo y que «su prudencia y su reserva le hubiesen trazado los límites en los cuales se había detenido,» y en ello estaba acertado. Richelieu evitaba molestar á María que le echaba en cara el que excitase á su hijo contra sus dos yernos, el rey de España y el príncipe del Piamonte, hijo y heredero presunto de Carlos Manuel. La reina madre hallábase influida por los devotos, cuyas extravagantes intenciones señala Fontenay-Mareuil, aunque con toda clase de salvedades: según parece, estaban persuadidos «de que la herejía no quedaría extinguida hasta que los católicos, no teniendo más que un monarca, no tendrían tampoco otro interés que destruirla; y de que, por consiguiente, la toma de la Rochela, que no daría al rey tantos medios para llegar á serlo como de impedir que lo fuera el rey de España, que estaba para ello en mejores condiciones que él, sería más perjudicial que ventajosa á la religión y no debía tolerarse (1).»

Luis XIII había dejado á su esposa y á su madre en Lyon y se había reunido con Richelieu en Grenoble, en donde se celebró un Consejo (10 de mayo) en el que se decidió la invasión de la Saboya. El cardenal fué á Lyon para convencer á la reina madre de la necesidad de la guerra; pero apenas se hubo alejado de allí, los devotos volvieron á apoderarse de ella.

El rey había tomado Chambery, casi sin disparar un tiro (17 de mayo), Rumilly y Annecy y obligado al príncipe de Saboya á retirarse al valle de Aosta; y en junio ocupaba toda la Saboya, excepción hecha de Montmelián. Durante todo este tiempo, el cardenal redoblaba sus atenciones para con la reina madre, le explicaba los menores detalles de la vida de su hijo y hasta la ensalzaba por una medicina que éste se había negado siempre á tomar, pero que, «al hacerle ver la pena que su obstinación os causaría, se decidió á tomarla sólo por respeto á vos» (14 de julio de 1630).

Conquistada la Saboya, el rey podía invadir el Piamonte; pero la reina madre no quiso que avanzara más. La vanguardia, mandada por Montmorency y por el mariscal de Effiat, pasó el monte Cenis, derrotó cerca de Veillane al duque de Saboya (10 de julio de

1630), y reforzada por el mariscal de La Force, que venía de Pignerol, apoderóse por sorpresa de Saluces (20 de julio de 1630). Francia volvía á ocupar todos los pasajes que Enrique III había cedido ó perdido. Carlos Manuel murió en 26 de julio, dícese que de pena; pero la verdad es que tenía setenta y ocho años.

El mariscal de Schomberg, bastante fuerte para tomar Veillane (27 de agosto), no lo era suficientemente para libertar Casale. Los imperiales, por su parte, se habían apoderado por sorpresa de Mantua (18 de julio), arrojando de la ciudad al duque y á su consejero el mariscal de Estrées; pero el Legado interpuso su mediación y consiguió que se pactara una tregua general que había de durar desde el 4 de septiembre al 15 de octubre (véase más adelante, págs. 771-772). Toirás, que mandaba la plaza de Casale en nombre de los franceses, entregaba á los españoles la ciudad y el castillo, pero conservaba la ciudadela que también les entregaría si á los quince días después de expirar la tregua no era socorrido; en cambio, si recibía socorro, recobraría la ciudad y el castillo.

## III.—Conflicto entre la reina madre y el ministro

Luis XIII, que no estaba bien de salud, había salido de Saint-Jean-de-Maurienne (25 de julio de 1630), regresando á Lyon. El cardenal quedóse en Saboya para atender á todo, y cuando estuvo solo aumentaron sus inquietudes. Se encomendaba á todo el mundo: al rey, á quien daba las gracias «por los buenos oficios... que Su Majestad se dignaba interponer todos los días en su favor cerca de la reina madre; y al P. Suffren, confesor de Sus Majestades, que trabajaba para que María perseverara en sus buenas disposiciones (8 de agosto).» El citado padre aconsejaba al ministro que regresara «á fin de disipar todas aquellas nubes,» pero Richelieu no se decidió á separarse del ejército hasta que la peste, que hacía estragos entre las tropas, se acercó adonde él estaba, y llegó á Lyon el 23 de agosto. El rey, que seguía delicado, cayó gravemente enfermo y en 22 de septiembre fué atacado de una fiebre acompañada de disentería; el 27, los médicos le creyeron perdido, y el 30 lo tuvieron por muerto.

Las dos reinas le cuidaron cariñosamente, y habiéndoles Luis XIII pedido perdón por los disgustos que les había ocasionado, echaron toda la culpa de ellos sobre el cardenal. María instó á su hijo para que le despidiera, lo que el rey prometió hacer en cuanto estuviera firmada la paz con España; y aun parece que había tomado sus medidas para mandarlo prender si el monarca fallecía. Aquellos días fueron para Richelieu de terrible angustia. «...No sé si estoy muerto ó vivo,» escribía á Schomberg en 30 de septiembre, y al día siguiente decía en una carta al señor de Effiat: «Por la gracia de Dios el rey está fuera de peligro y á decir verdad, no sé todavía lo que soy. Suplico á Dios que me envíe más bien la muerte en su gracia que ocasión de caer de nuevo en el estado en que nos hemos encontrado.»

El rey, apenas restablecido, había dado cuenta, según dicen, á Richelieu de las malas disposiciones de su madre, y éste, para recobrar su confianza, bajó con ella el Loira y el trayecto del canal de Briare en la

(1) Fontenay-Mareuil, *Mémoires*, Mich. y Pouj., pág. 203.